



Una educación con sentido, pactada y de largo plazo: el legado de Juan Carlos Tedesco.

Por Alejandra Cardini¹

Cardini, A. (2017). Una educación con sentido, pactada y de largo plazo: el legado de Juan Carlos Tedesco. *RELAPAE* (7), pp 12-13

Son pocos los educadores que logran reflexionar y actuar con sentido, más aún en los tiempos que requiere la política educativa. Se trata de casos todavía menos frecuentes si sumamos la habilidad para moverse en territorios variados y articular voces diversas con el objetivo de plasmar acuerdos políticos de largo plazo. A lo largo de su trayectoria, Juan Carlos Tedesco logró combinar estos desafíos, dejando un legado excepcional para los que trabajamos en el área de las políticas educativas.

En cuanto al sentido, Juan Carlos estaba convencido del valor de la educación para alcanzar una sociedad más justa. Comenzó a reflexionar sobre la función de la escuela en su primer libro: *Educación y Sociedad en la Argentina* (1880-1945). Esas primeras reflexiones sobre la educación a fines del SXIX y principio del SXX siguen inspirando los debates actuales sobre el sentido de la política educativa en nuestra sociedad. Creía, además, que la política educativa era el instrumento central para ofrecer oportunidades equitativas de crecimiento y desarrollo a todas las personas. Entendía que el rol del Estado nacional era clave para motorizar las acciones necesarias para disminuir las desigualdades en nuestra región, y así lo plasmó en una de sus últimas obras titulada “Educación y Justicia Social en América Latina”.

Como académico participó de diversos espacios. En la década del setenta fue profesor de historia en tres universidades nacionales: La Plata, Comahue y La Pampa. Luego se desempeñó en FLACSO y en varias universidades del mundo como invitado. Durante los últimos años fue profesor en la Universidad de San Andrés y en la Universidad Nacional de San Martín; en esta última dirigió el Doctorado Interinstitucional en Educación (UNTREF, UNLA, UNSAM). Desde estas instituciones se interesó y llevó adelante investigaciones en múltiples frentes: las relaciones entre la educación y la sociedad; educación y trabajo, reformas educativas, currículum, enseñanza y aprendizaje; estudios sobre nivel inicial, primario, medio y superior; formación docente; nuevas tecnologías, entre muchos otros temas. Compartió generosamente todas sus ideas a través de cientos de libros, artículos de revistas, columnas periodísticas, presentaciones y conversaciones.

Sin embargo, no limitó su tarea al campo de las reflexiones teóricas. Aunque hubiera podido, no le alcanzó con quedarse en el cómodo terreno de las ideas y los consejos. Tuvo el coraje de llevar adelante una carrera que combinó la investigación (y las sugerencias que de allí se desprendían) con el ejercicio de la política en pos, siempre, de la justicia social. Conjugó su actividad académica con un trabajo político que llevó adelante desde diversos organismos internacionales (donde se destaca la UNESCO como su espacio de trabajo durante más de veinte años), desde su rol como Secretario de Educación y Ministro de Educación Nacional entre 2006 y 2009, y en su breve paso por la Unidad de Planeamiento Estratégico y Evaluación de la Educación en el 2010.

Era muy consciente de su doble función de científico y político. Defendía sus ideas argumentando con evidencias científicas, pero sin caer en la ingenuidad de una supuesta neutralidad y objetividad de la investigación educativa. Con estos principios, hablaba de la necesidad de una mayor racionalidad técnica en las decisiones políticas y de una mayor racionalidad política en el diseño de investigaciones. Muy a menudo explicitaba en sus clases la diferencia entre los razonamientos que se desprendían del estudio riguroso y científico de lo social, y aquellos vinculados con sus valores y creencias. Esto, que en algunos campos del conocimiento es moneda corriente, en el caso de la educación argentina es excepcional.

¹ CIPPEC / lulicardini@gmail.com

Combinando su agudeza conceptual y su experiencia política, Juan Carlos lograba ampliar el horizonte temporal de los problemas educativos.

Sabemos que la política tiende a conjugarse en tiempo presente. Oscar Oszlak señala la necesidad de trascender este tiempo verbal para incluir también al pasado y al futuro. Insiste en que el análisis y el accionar político necesita orientarse en tres tiempos. El pasado debería guiar la reflexión sobre lo ocurrido y ser la base del diagnóstico. La visión sobre el futuro debería alinear las decisiones del presente a través de la planificación estratégica y la programación de acciones concretas. Esta articulación es especialmente desafiante en educación. Los tiempos de la política educativa son políticamente incorrectos. Las transformaciones requieren de una dimensión temporal que no se ajusta a la política. Un niño que entra a la sala de 4 el próximo año terminará su educación obligatoria formal recién en el 2032. Un joven que termina hoy el secundario y quiere ser maestro estará ejerciendo la docencia recién en el 2023.

Juan Carlos sabía de estos tiempos y nunca quedaba varado en la coyuntura. Utilizaba conocimientos y herramientas de la historia, la sociología y la pedagogía para mirar más allá de la disputa de turno. Lograba así que las discusiones políticas –coyunturales, pasajeras y urgentes- se volvieran importantes. Desde los diferentes roles e instituciones en los que trabajó, se dedicó a idear y programar las acciones de política educativa necesarias para moldear un futuro más justo, pero partiendo de los desafíos del presente y considerando las oportunidades y limitaciones del pasado.

Para llevar a la práctica estas ideas, insistía en la importancia de los acuerdos de largo plazo. Militó hasta el cansancio por la necesidad de construir un pacto para garantizar la continuidad de las políticas educativas más allá de las coyunturas y los cambios de gobierno. Como conocía bien la política, sabía que sin un nivel básico de compromiso entre los diversos actores que participan del proceso educativo, las transformaciones no llegan a materializarse. Estas ideas quedaron plasmadas en el proceso de la Ley de Educación y en el Plan Decenal de Educación que lideró desde la Unidad de Planeamiento Estratégico y Evaluación de la Educación. Era consciente también de las dificultades existentes para que los acuerdos generales se concretizaran. En su último libro “La educación Argentina Hoy. La urgencia del largo plazo” siguió velando por la importancia de cambiar los tiempos de la educación, en función de diagnósticos rigurosos y acuerdos democráticos.

Tenía una capacidad asombrosa de dialogar con actores diversos, respetando, valorando e incluyendo la opinión de los demás. Administraba los intereses de diferentes sectores, sin perder de vista la necesidad de proteger a aquellos que menos tienen y no pueden defenderse. Lo hacía, además, de una manera diplomática, firme pero encantadora, ensayada -tal vez- en su paso por diversos organismos de cooperación internacional. Por esto, seguramente, era respetado y querido por los personajes más diversos. Estas cualidades personales, pero fuerte y voluntariamente articuladas con su profesión, le permitieron liderar el armado de muchos acuerdos clave de política educativa. El ejemplo más visible fue el rol que asumió en el armado y la discusión en torno a nuestra actual Ley de Educación Nacional.

Los más cercanos sabemos que el sentido que le asignaba a la educación, su consciencia sobre los tiempos de la política y la importancia de los pactos se combinaban, además, con un trato cotidiano cariñoso y de mucho reconocimiento por la tarea de quienes trabajan con él. Percibía a los demás de manera horizontal, como pares, al punto que a los que trabajábamos con él nos presentaba como “colegas”, incluso cuando teníamos posiciones de menor jerarquía organizacional y cumplíamos tareas significativamente menos relevantes que la suya. Bajo este trato horizontal y siempre enfocado en la formación, nutrió a sus equipos de una mirada específica para tratar los temas educativos: rigurosa, orientada al diálogo público y al largo plazo. Pero sobre todo dejó entre sus enseñanzas una forma de trabajo colaborativa, generosa y que trascendía sus intereses personales. Todo esto hacía que, de a momentos, uno naturalizara el privilegio que significaba trabajar a su lado y poder aprender de él.

Más allá de su increíble conocimiento y capacidad profesional, se extraña su compromiso, sensatez y pasión por las cuestiones educativas, pero más aún, a ese amigo experimentado que acompañaba y orientaba generosamente a las generaciones que lo seguimos. Tal vez sabía que la importancia del largo plazo también requería de legados tan grandes y significativos como el suyo.